

Los modos de la mirada. Aportes para una epistemología crítica de la observación en la investigación social¹

The ways of the gaze Contributions for a critical epistemology of observation in social research.

Verónica Hendel ²

RESUMEN La cultura occidental ha privilegiado el sentido de la vista entre sus herramientas perceptivas, y este privilegio se ha extendido al dominio de la ciencia. No cabe duda de que la observación es una práctica transversal a todos los campos del saber (experimental y sociocultural). Si bien la misma tiene sus orígenes en el mundo de la vida cotidiana, fueron las ciencias experimentales las primeras en trasladarlas a su ámbito y, posteriormente, las ciencias socioculturales. El traspaso de un campo a otro, sin embargo, guarda características singulares y de vital importancia. Así como la incorporación de la observación por parte de las ciencias experimentales supuso, en el siglo XVII, la construcción de un dispositivo capaz de concebir a la observación como una base confiable para la formulación de leyes generales, suponiendo el acceso directo a algunas propiedades del mundo, las ciencias socioculturales a mediados del siglo XIX incorporarían dicha "mirada objetivante", al mismo tiempo que generarían, con el paso del tiempo, perspectivas o "miradas críticas". El objetivo de este trabajo es analizar algunos orígenes de las prácticas de observación en el campo de la ciencia, a los fines de problematizar la relación entre las prácticas de observación y la construcción de nuestra perspectiva de análisis en las ciencias sociales, a partir de la reflexión en torno a algunos aspectos de nuestra experiencia de trabajo de campo en el marco de una investigación llevada a cabo recientemente en espacios rurales.

Palabras clave: Observación-ciencia-conocimiento-ciencias sociales.

1. INTRODUCCIÓN

¿Acaso la observación no implica siempre algún tipo de impacto? Incluso observar las estrellas toca algo –si no son las estrellas, entonces, seguramente seamos nosotros. Observar siempre nos toca, al menos metafóricamente. Pero estoy más interesada en la forma en la cual la observación toca al objeto, la entidad material a la cual pareceríamos estar observando.

Fox Keller (1996: 107). Traducción propia.

Entre finales de 1610 y mediados de 1611, el filósofo natural y matemático italiano Galileo Galilei apuntó el recientemente inventado telescopio al Sol y observó unas manchas oscuras que estaban aparentemente situadas en su superficie. Galileo anunció que las manchas tenían una forma irregular y que variaban diariamente en número y grado de oscuridad. Además, no permanecían estables. Parecían moverse regularmente cruzando el disco del Sol de oeste a este (Shapin, 2000). Pero, mientras que otros observadores contemporáneos consideraban que las manchas eran pequeños planetas que giraban alrededor del Sol a una distancia considerable, Galileo estaba seguro, basándose en cálculos de óptica matemática, que no estaban en absoluto alejadas de su superficie, sino que se hallaban contiguas a ellas o separadas por un espacio tan pequeño que resulta del todo imperceptible. Sin embargo, aquello que luego sería considerado como un serio desafío al edificio de la filosofía natural tradicional transmitida desde Aristóteles, con las modificaciones introducidas por los filósofos escolásticos de la Edad Media y el Renacimiento, no habrían sido las observaciones de Galileo de las manchas solares, sino su particular interpretación de las mismas. Esta afirmación nos conduce directamente al problema que nos gustaría intentar analizar en el presente artículo: el papel desempeñado por las prácticas de observación en la construcción de nuestra mirada o perspectiva de análisis, nuestros conceptos y metáforas, y viceversa. Este problema representa, a nuestro entender, un interés particular para el campo de las ciencias sociales.

¹ Artículo recibido el 29 de septiembre de 2017 y aceptado para su publicación el 1 de marzo de 2018.

² Doctora en Ciencias Sociales. Becaria posdoctoral-Conicet/Unlu. Correo electrónico: vero_hendel@yahoo.com.

ABSTRACT Western culture has privileged the sense of sight among its perceptual tools and this privilege has extended to the domain of science. There is no doubt that observation is a practice that transcends all fields of knowledge (experimental and sociocultural). Although the same has its origins in the world of everyday life, it was the experimental sciences that were the first to move them to their domain and, later, the socio-cultural sciences. The transfer from one field to another, however, has unique and vital characteristics. Just as the incorporation of observation by the experimental sciences implied in the seventeenth century the construction of a device capable of conceiving observation as a reliable basis for the formulation of general laws, assuming direct access to some properties of the socio-cultural sciences in the mid-nineteenth century would incorporate this "objective view", while at the same time generating perspectives or "critical views" over time. The objective of this work is to analyze the origins of observational practices in the field of science, in order to problematize the relationship between observational practices and the construction of our perspective of analysis in the Social Sciences, taking our own field experience in rural spaces as a starting point.

Palabras clave: Observation - science - knowledge - Social Sciences.

Podríamos decir que fue Galileo, entonces, uno de los hombres que a comienzos del siglo XVII puso en cuestión la doctrina hegemónica de la época e inauguró un nuevo modo de la mirada, una nueva perspectiva; afirmándose en la observación y el razonamiento matemático para construir nuevos parámetros de validez. La observación se encuentra allí, en los comienzos de la ciencia moderna, en los albores del nacimiento de las ciencias sociales, formando parte central de nuestra experiencia sensible. Pero los modos de la mirada, y su preeminencia, cambian profundamente de una época a otra. El propósito de este artículo, que forma parte de las reflexiones epistemológicas desarrolladas a lo largo de nuestra investigación de doctorado, es relevar algunas de esas transformaciones a los fines de problematizar la relación entre las prácticas de observación y la construcción de nuestra perspectiva de análisis en el campo de las ciencias sociales³.

2. EVIDENCIA Y VERDAD. LA OBSERVACIÓN EN LAS CIENCIAS NATURALES

A mediados del siglo XVII tuvo lugar un debate clave para comprender ciertos aspectos de las prácticas de observación e interpretación de lo que luego se conocería como "ciencia moderna". Se trata de una polémica que, recientemente, ha cobrado una relevancia singular a partir del trabajo de ciertos pensadores que se han dedicado a analizar los comienzos de la ciencia moderna, y los conceptos de sociedad y naturaleza que la misma conlleva (Shapin y Schaffer, 1985; Latour, 2000). El vacío, el experimento y el testimonio constituyen tres nociones clave de aquel famoso conflicto que tuvo lugar durante la Temprana Modernidad en torno a la "invención" de la bomba de vacío y al estatuto de este último elemento. Dos objetos en disputa que nos remiten a un tercero, la Naturaleza, y fundamentalmente a la posibilidad de producir y fundar un "conocimiento científico auténtico".

¿Por qué pensar las nociones modernas de conocimiento y observación a la luz del vacío? ¿Por qué retrotraernos al siglo XVII? ¿Cuál es su actualidad? En primer lugar, y por obvio que parezca, debemos señalar que la aceptación o demostración de la existencia del vacío no constituye un problema técnico ni de información disponible. La pregunta por el vacío es una pregunta por la verdad y el conocimiento; sobre el cómo y el para qué de este último. O, más específicamente, acerca de qué es conocer. En

³ Investigación financiada por el Conicet a través del otorgamiento de dos becas doctorales, así como por proyectos de investigación financiados por la UBA y la Universidad Nacional de Quilmes. La misma dio lugar a la tesis doctoral *Síntomas de una ausencia. Acerca de la experiencia contemporánea de lo rural en la región pampeana bonaerense. El caso de San Andrés de Giles (2007-2013)*.

⁴ “En el siglo XVII, la palabra “ciencia” (del latín *scientia*, que significa “conocimiento”, “sabiduría”) tendía a designar cualquier cuerpo de conocimiento propiamente constituido (esto es, conocimiento de verdades universales necesarias), mientras que las investigaciones de cosas que existían en la naturaleza y de la estructura causal del mundo recibían los nombres de “historia natural” y “filosofía natural”, respectivamente” (Shapin, 2000: 22).

⁵ El periodo que abarca desde finales del siglo XVI hasta comienzos del siglo XVIII ha sido denominado por el mundo académico como el de la “Revolución Científica”, con Alexandre Koyré como uno de sus máximos representantes. Sin embargo, preferimos seguir los pasos de Steven Shapin y sostener que la Revolución Científica, en tanto proceso único e uniforme de construcción de prácticas y sentidos, nunca existió.

⁶ Robert Hooke (1635-1703) participó, junto con Boyle, John Wilkins, William Brouncker y Henry Oldenburg, entre otros, en la creación de la Royal Society de Londres. Sus polémicas con Newton acerca de la paternidad de la ley de la gravitación universal forman parte de uno de los debates más importantes en la historia de la ciencia moderna. En 1660 formuló la hoy denominada “Ley de Hooke”, que describe cómo un cuerpo elástico se estira de forma proporcional a la fuerza que se ejerce sobre él, dando lugar a la invención del resorte helicoidal o muelle. En 1662 asumió el cargo de director de experimentación de la Royal Society, de la cual también fue secretario en 1677.

última instancia, la pregunta por el vacío es una pregunta por el estatuto de la verdad. En el caso del debate del siglo XVII en torno a la bomba de vacío, estas tensiones, que se resolverán tiempo después cuando ciertas miradas se tornen hegemónicas, se encuentran a la luz del día, en pleno terreno de disputa.

Por ejemplo, Robert Boyle, uno de los máximos protagonistas del debate en cuestión, se refería a su práctica como “Nueva Filosofía” o “Filosofía Experimental”, es decir, una forma de conocimiento íntimamente emparentada con lo que hoy conocemos como ciencia⁴. Su cruzada guardaba pretensiones fundacionales, y sus principales armas eran el lenguaje, el experimento y un novedoso dispositivo que imbricaba ambos de un modo sumamente efectivo. He aquí la trascendencia de este debate, en el cual la mayoría de los filósofos de la época se verá implicada: algunas de las respuestas a las preguntas planteadas reconfigurarán la noción misma de filosofía, cuestionarán las formas tradicionales de conocer y producir conocimiento, y darán lugar a una nueva forma de concebir lo humano y lo natural. El debate en torno a la bomba de vacío no constituye un hecho aislado, sino que forma parte de un entramado de disputas que caracterizarían a la época⁵, y cuyos hilos tal vez nos permitan observar las prácticas científicas actuales con mayor profundidad.

Para comenzar a comprender el vínculo entre Robert Boyle y el vacío debemos retrotraernos a 1657, cuando las lecturas acerca de la bomba de aire de Otto von Guericke lo motivaron a desarrollar mejoras en su construcción. Para ello recurrió a la colaboración de Robert Hooke⁶. Sus esfuerzos dieron como resultado la Máquina Boyleana o máquina neumática, finalizada en 1659, con la que comenzaron a realizar una serie de experimentos con relación a las propiedades del aire. El tratado con el cual Robert Boyle dio a conocer sus hallazgos con respecto al vacío adoptó la forma de una carta, en la cual da cuenta de los motivos de su difusión y publicación, y de que sus experimentos –aquellos que observó al tocar la naturaleza del aire– serán agradecidos por los amantes del aprendizaje libre y real (Boyle, 1660).

Los amantes del aprendizaje libre y real lo apreciarán, dice Boyle acerca de la publicación de sus observaciones. Por algún motivo, la edición de este tratado-carta amerita ser justificado. Eso es lo que hace el autor a lo largo de la introducción, justifica su acción, crea un público, un lector, un destinatario. Hombres ingeniosos que leerán la descripción detallada de sus cuarenta

y tres experimentos y se sentirán como "si hubieran estado allí", es decir, podrán dar testimonio de lo sucedido en el laboratorio, podrán hacer como si lo hubieran observado. Si la lectura nos transporta a mundos posibles e imposibles, este tratado-carta nos transforma en observadores, en testigos. Multiplicar los testimonios, fortalecer la verificación de sus hipótesis, fundar un nuevo tipo de validez para el conocimiento producido en un recinto cerrado denominado "laboratorio". Si cientos de hombres pueden dar fe de que al encerrar un tubo de Torricelli en el recinto de vidrio de la bomba se obtiene un primer espacio en la cumbre del tubo invertido, y que luego al accionar la bomba se suprime lo suficiente el peso del aire como para hacer descender el nivel de la columna, que baja casi al nivel del mercurio de la cubeta, será porque el vacío realmente existe.

De los escritos de Boyle se desprende su concepción del conocimiento adecuado para el gran diseño, la filosofía experimental y útil que pretendió fundar. Este vendría a ser aquel generado a través de la observación y el experimento, y su fundamento yacería, no en la estructura fundamental de la naturaleza sostenida por el aristotelismo, sino en el testimonio de los hechos producidos experimentalmente (Shapin, Schaffer, 2005). Es por ello que el experimento, la purificación del vocabulario y el testimonio constituyen las tres dimensiones clave de este controvertido dispositivo de mediados del siglo XVII. Y es al interior del mismo que la publicación del tratado-carta pasa a revestir una importancia fundamental, al transformarse en la herramienta que abre la posibilidad de multiplicar el testimonio del experimento a través de la experiencia indirecta de su lectura. Es en este sentido que Bruno Latour propone pensar la filosofía del conocimiento de Boyle a partir de la metáfora parajurídica, antecedente del estilo de investigación empírico actual. Un estilo que no requiere de la opinión de los hombres ingeniosos sino de la observación, directa o indirecta, de un fenómeno producido artificialmente en el lugar cerrado y controlado del laboratorio (Latour, 2007). Y, como señala Boyle (1660), su carta, su narrativa, permitirá a otros repetir el experimento u observarlo a través de la lectura. Tocar la naturaleza del aire de la mano de Boyle, en un lugar novedoso y a través de unas costosas máquinas. Para la Nueva Filosofía, esos hechos "en verdad" representan la naturaleza tal y como es. Si en el laboratorio los hechos son producidos, en los escritos estos son admitidos y autorizados por la comunidad naciente de los

observadores-testigos, siendo los nuevos filósofos o filósofos experimentales los representantes oficiales de los hechos. La reforma del conocimiento de la naturaleza que tuvo lugar durante los siglos XVII y XVIII trajo como resultado que ciertos pensadores, que hoy suelen ser denominados científicos, consiguieran una confianza relativa en sus explicaciones de la estructura subyacente real del mundo natural al precio de romper una conexión tradicional entre la apariencia de las cosas y nuestra idea de cómo son realmente. En este sentido, se podría decir que el éxito de la filosofía natural, y especialmente su capacidad de generar consenso, se ha conseguido a costa de su separación de las esferas de la vida que hoy conocemos como "filosofía", "política" y "religión", es decir, fundamentalmente, de lo humano, lo aleatorio y lo imaginario. De las pasiones, los miedos y el odio. Un proceso largo y trabajoso, una labor de siglos de disputa y creación.

3. DEL LABORATORIO AL "CAMPO". LA OBSERVACIÓN EN LAS CIENCIAS SOCIALES

La observación directa es similar a la que aplica el biólogo cuando observa especies en su medio natural, y ya vimos que los primeros trabajadores de campo de la antropología moderna eran, ciertamente, naturalistas. "El concepto de 'naturalismo' significa en términos etnográficos el compromiso de observar y describir fenómenos sociales de manera similar a como los naturalistas estudian la flora y la fauna y su distribución geográfica" (Hammersley, 1984: 48). En este sentido, el antropólogo prefiere observar a sus informantes en sus contextos naturales; el campo sería su laboratorio.

Rosana Guber (2008: 174).

Entre mediados y finales del siglo XIX se produce el surgimiento de aquellos textos y hechos que marcarían el nacimiento de las disciplinas sociales que hoy conocemos como Sociología y Antropología. El Curso de Filosofía Positiva (1830-1842), de Auguste Comte, por un lado, y la expedición inglesa de la Universidad de Cambridge al Estrecho de Torres (1888) en Melanesia, por otro, marcan dos hitos en el desarrollo de ambas disciplinas, cuyos comienzos estuvieron signados por la enorme influencia ejercida por la perspectiva hegemónica dentro de las ciencias naturales.

El Curso de Filosofía Positiva reunió las lecciones que Auguste Comte (1798-1857), discípulo de Henri de Saint-Simon, impartió entre 1829 y 1830 en el Ateneo Real de París. Es en dicho texto que el término "sociología" es acuñado. Comte otorga a la observación un papel de relevancia al interior de su propuesta, en sintonía con aquel asignado por las ciencias experimentales. Según el autor, la etapa positiva es aquella en la cual la mente humana, reconociendo la imposibilidad de alcanzar conceptos absolutos, abandona la búsqueda del origen, del destino del universo y de las causas internas de los fenómenos, y se limita al descubrimiento, por medio de la razón y la observación combinadas, de las leyes que gobiernan la secuencia y la semejanza de los fenómenos. La explicación de los hechos, ahora reducidos a sus términos reales, consiste en el establecimiento de una relación entre varios fenómenos particulares y unos cuantos hechos generales, que disminuyen en número con el progreso de la ciencia (Comte, 1981). Los métodos mencionados por Comte son: la observación, la experimentación y la comparación. De acuerdo con el pensador, el primer procedimiento en el trabajo científico es la observación de los hechos, pero no en el sentido de Hume, de grupos de sensaciones, o de Locke, de fenómenos registrados tal como ocurren "ahí afuera", sino más bien en el de Kant, de datos percibidos dentro de un contexto previamente establecido, pero no de imperativos categóricos o de ideas fundamentales, sino dependiente de una hipótesis o ley científica. Comte llamó a esta interacción entre el fenómeno observado y la teoría que le da sentido una "especie de círculo vicioso" y señaló el riesgo de "pervertir" la percepción de los fenómenos para acomodarlos a una hipótesis preconcebida. En su sistema, la tarea del científico era establecer leyes definitivas que describan las relaciones invariables de los hechos, a partir de su verificación por medio de la observación.

Por otra parte, los primeros antecedentes del "trabajo de campo" antropológico pueden rastrearse en aquella expedición inglesa de 1898, encabezada por el zoólogo Alfred Cort Haddon, la cual institucionalizó la presencia en el campo y la recolección directa de información, a cargo en dicha oportunidad de naturalistas y no de humanistas (ligados al derecho, la filosofía y la teología). En la "Expedición de Cambridge", un grupo de médicos, botánicos, zoólogos, psicólogos y lingüistas encaró un estricto trabajo de relevamiento antropológico (Guber, 2008). El resultado de aquella experiencia fueron seis volúmenes de datos etnográficos,

a partir de los cuales Haddon empezó a propagar el "trabajo de campo", término propio de los naturalistas de campo, en la antropología británica. A partir de las investigaciones de Bronislaw Malinowski (1884-1942), la antropología social adoptará el cometido científico de describir y explicar las sociedades a través de un contacto directo, no mediado, con el mundo empírico bajo el supuesto de que las herramientas conceptuales utilizadas deben tomar al objeto tal cual aparece, y evitar la extrapolación de nociones y valores procedentes de su sociedad a sus objetos de estudio. Si bien este aporte de Malinowski resulta de vital importancia para una disciplina que pretendía estudiar sociedades que se encontraban bajo el dominio colonial, los presupuestos epistemológicos de las prácticas de observación no variaban demasiado. Denzin y Lincoln (2011: 44) hacen referencia a esa etapa de la investigación antropológica del siguiente modo:

La agenda era muy clara: el observador llegaba a una escenario extranjero con el fin de estudiar la cultura, las costumbres y los hábitos de otro grupo humano (...) Los informes etnográficos sobre estos grupos eran incorporados al cúmulo de estrategias colonizadoras y se revelaban, así, como modos de controlar al Otro extranjero, desviado o perturbador.

Durante mucho tiempo, desde el nacimiento de las ciencias sociales, el ideal cognitivo, que aun impregna algunas de nuestras prácticas, fue la observación neutra, externa, desimplicada. Estas características garantizarían la objetividad científica en la aprehensión del objeto de conocimiento. Objeto ya dado en el referente empírico, que debe ser recogido por el investigador "tal cual es". La herramienta por excelencia sería, entonces, la observación. Es en este contexto, que la afirmación de Rosana Guber, citada al comienzo de este apartado, cobra sentido, allí donde las disciplinas sociales y naturales se encuentran y dialogan en torno a una concepción similar de la investigación y la producción de conocimiento. Sin embargo, la presencia de la práctica de observación en las ciencias socioculturales, que ha estado ligada a los avatares del paradigma positivista, no ha pasado desapercibida y diversos pensadores y escuelas se han dedicado a su crítica y análisis. La firme creencia en la posibilidad de llevar a cabo una observación neutra, externa y desimplicada ha dado lugar a aquello que Rafael Ávila denomina como una "epistemología sin sujeto". Esto implica que muchos investigadores del ámbito de las ciencias

sociales han adoptado una "mirada objetivante", propia del paradigma de las ciencias experimentales, que solo ve objetos y se desentiende de su propio rol, y sus consecuencias sobre el proceso de investigación. Denzin y Lincoln (2011), por su parte, analizan esta problemática desde otra perspectiva y realizan aportes relevantes al afirmar que la investigación cualitativa, en sus diversas estrategias (observación, participación, entrevistas, etnografía), funciona como una "metáfora del conocimiento, el poder y la verdad coloniales (...) la investigación (...) es una actividad científica que provee los fundamentos para los informes y las representaciones del Otro" (2011: 43). En este sentido, y en sintonía con ciertas perspectivas críticas consideramos importante señalar que "no hay sujeto sin historia que le preceda y sin condiciones que afecten su campo de acción" (Ávila, 2008: 21). De este modo, hacemos referencia a la importancia de "replantearnos los problemas metodológicos a la luz del rescate del sujeto" (Zemelman, 2009), es decir, de preguntarnos qué posiciones ocupan los sujetos en el proceso de investigación y cuáles son sus implicancias.

Si hay sujetos, entonces, deberíamos decir que hay multiplicidad de miradas y de interpretaciones, sin por ello caer en un relativismo profundo. Es decir, que hay observadores que están presentes en un campo de fuerzas, que están implicados, que modifican lo que observan por el solo hecho de observarlo. En definitiva, que no hay observación sin observador. Retomando algunos de los aportes de Denzin y Lincoln, podemos decir que la investigación cualitativa es, o debería ser, "una actividad situada, que ubica al observador en el mundo" (Denzin y Lincoln, 2011: 48).

Esta concepción de la investigación cualitativa como un conjunto de prácticas materiales e interpretativas que visibilizan y transforman el mundo estuvo presente en nuestro trabajo de campo doctoral. Allí recurrimos a la figura del "diálogo", en tanto encuentro, como forma de pensar la relación entre los sujetos sociales y quien investiga. Tanto las prácticas de observación como de entrevista concebidas como un diálogo plantean ciertos interrogantes en torno al status de quienes hablan y de la particular situación de quien se encuentra presente en todos los diálogos, quien da comienzo a los mismos y, por lo general, formula las preguntas. Sin pretender esgrimir argumentos ingenuos en cuanto al rol del investigador, y a las relaciones de poder que atraviesan su relación con quienes son observados o entrevistados, la figura del diálogo nos remite a la idea de una

interlocución entre las perspectivas de dichos sujetos y la de quien formula las preguntas. Es dicho encuentro el que permite dotar a las categorías del pensamiento de múltiples sentidos que no resultan de la especulación teórico-normativa de quien escribe sino del examen detallado de sus usos por parte de sujetos socialmente situados en un contexto singular (Balbi, 2007; Hendel, 2015). En este sentido, cabe señalar que el uso de la observación y de la entrevista en nuestra investigación doctoral estuvo acompañado de la importancia asignada al desafío de intentar construir saberes contextualizados y situados junto con aquellos que viven en el ámbito rural pampeano bonaerense. En el contexto de ese "diálogo de diálogos", el investigador desempeña un rol particular, al hilvanar, cual artesano, los hilos que dan forma a los modos de la subjetividad:

(...) rastreando ecos, recreando diálogos imaginarios, hallando respuestas donde solo parecería haber preguntas. En el bullicio de un recreo, en el ascético despacho de un empresario rural, entre las bolsas de comida de perros y gatos de una veterinaria, en la acogedora y desolada casa de la madre de un adolescente que concurre al Centro Educativo para la Producción Total (CEPT), en medio de una feria de la agricultura familiar o en el desordenado estudio de un funcionario municipal devenido arquitecto independiente, los diálogos se suscitan y la trama comienza a emerger. (Hendel, 2015: 39).

Entramado de la experiencia de lo rural que, por momentos, creímos imposible de asir y cuyos modos de la subjetividad lentamente comenzaron a aflorar. La investigación cualitativa, entonces, lejos de encontrarse exenta de tensiones, puede intentar dar cuenta de ellas y transformarlas en insumos para el análisis y la indagación. Adoptar esta perspectiva implica revisar el sentido del trabajo de campo y los supuestos que allí ponemos en juego para resignificar no solo la relación entre quien investiga y quienes "son investigados", sino también las implicancias del uso de determinadas técnicas de obtención de información, así como las formas de registro, teniendo en cuenta los supuestos especulares de las mismas. La posibilidad de establecer una relación reflexiva de conocimiento paralela hacia el rol de uno como investigador y de aquello que se pretende investigar es clave. El conocimiento de lo real no puede ser concebido en forma independiente del conocimiento de sí mismo y de su impacto sobre aquello que se pretende conocer. De

⁷ La elección de este enfoque de las ciencias sociales y, específicamente, de las ciencias antropológicas no es azaroso, pues se encuentra íntimamente vinculado a la investigación que he estado desarrollando a lo largo de los últimos años en el marco de mis estudios doctorales y, específicamente, en la investigación actual en espacios educativos del conurbano bonaerense.

este modo, nos adentramos en la problemática de la producción de conocimiento a partir de la observación y de su validación. Para el análisis de estas cuestiones, nos centraremos en ciertas concepciones vinculadas al campo específico de la etnografía educativa⁷.

4. OBSERVAR, DESCRIBIR, INTERPRETAR

Delimito, así, el uso del término etnografía a ciertas investigaciones que, si bien pueden admitir una diversidad de recursos técnicos y analíticos, no pueden prescindir de ciertas condiciones básicas: parten de la experiencia prolongada del etnógrafo en una localidad y de la interacción con quienes la habitan (como quiera que se definan los parámetros de tiempo y espacio para ello); producen, como resultado de un trabajo analítico, un documento descriptivo.

Rockwell (2009: 25).

Los supuestos básicos de este enfoque son dos: primero, como señala Guber (1991:73), la etnografía asume la existencia de 'diversidad' o 'variabilidad' en tanto abanico de "diferencias empíricas" entre los grupos humanos y hace de la misma una "construcción teórica", dando a esas diferencias empíricas el status de objeto y medio privilegiado del trabajo etnográfico; y, segundo, se asume que las perspectivas de los actores constituyen un camino privilegiado para acceder al conocimiento de lo social no sólo porque ellas son parte de lo social sino, particularmente, porque los actores deben necesariamente tener algún tipo de visión de su propio mundo social tal que les permita operar en él (...). Así, más que como un intento –que cabría juzgar vano– de dar cuenta de los fenómenos sociales desde la perspectiva de los actores, la perspectiva etnográfica podría ser definida como "una mirada analítica que da por supuesta la diversidad de lo real y trata de aprehenderla a través de un análisis centrado estratégicamente en las perspectivas de los actores".

Balbi (2007: 37).

Dentro del campo de las ciencias sociales, uno de los enfoques que más ha profundizado el uso de la técnica de observación ha sido el enfoque etnográfico. Y decimos "enfoque", ya que coincidimos con Elsie Rockwell cuando señala que "la etnografía no

es un método" (2009: 184). Algunos aspectos de este enfoque resultan relevantes para repensar las prácticas de observación en el campo de las ciencias sociales. En primer término, el lugar central que el mismo le otorga a las perspectivas de los actores como un camino privilegiado de acceso al conocimiento de lo social. En segundo término, la concepción del resultado de la investigación como "un documento descriptivo (...) en el cual se inscribe la realidad social no documentada y se integra el conocimiento local" (Rockwell, 2009:25). Ese interés por la "realidad social no documentada" le ha otorgado a la observación un papel clave en el desarrollo de este enfoque. Surge aquí, sin embargo, una pregunta muy interesante: "¿Dónde se mira para ver la escuela?" (Rockwell, 2009: 54). La propuesta de "observar todo" (incluso "lo irrelevante"), aunque sea imposible, se sustenta en ciertas concepciones y presupuestos relevantes para aquello que aquí pretendemos analizar:

La tarea de observación etnográfica no procede de un momento en que se ve "todo" a otro en que se definen cosas específicas para observar, sino al revés. Inicialmente, la selección inconsciente es un obstáculo para la observación y es necesario entrenarse para ver más. (Rockwell, 2009:54).

Y ese "ver más" se logra, según Rockwell, mediante la apertura a detalles que todavía no encajan en ningún esquema y también atendiendo a las señales que proporcionan las personas que habitan ese contexto o situación y que indican nuevas relaciones significativas. De este modo, la experiencia investigativa nos conduciría a "abrir la mirada": nos permitiría observar nuevos elementos y distinciones importantes. Es en el marco de esta concepción de las prácticas de observación que las ciencias sociales otorgan tanto al investigador como a los protagonistas del contexto a investigar un papel central, activo, creativo.

En el trabajo de campo realizado a lo largo de los últimos años, especialmente en el marco de la investigación que dio lugar a la tesis de doctorado, la observación así comprendida fue cobrando mayor relevancia a medida que profundizábamos el análisis. Nuestra frustrada búsqueda de pequeños productores rurales en el partido de San Andrés de Giles, provincia de Buenos Aires (Argentina), comenzó a encontrar nuevos rumbos a partir de las prácticas de observación realizadas en pequeños pueblos rurales, así como en los caminos y rutas que recorríamos. En las escuelas

rurales fue, también, esa observación participante de las prácticas y sujetos allí presentes la que nos permitió comenzar a pensar en nuevas, y diferentes, preguntas que nos brindaron las pistas para pensar en sujetos y familias nómades y en una trama social de la ausencia, aspectos que no habíamos previsto inicialmente.

En la misma línea, otra característica del enfoque etnográfico que consideramos necesario destacar es "la atención a los significados" (Rockwell, 2009: 22). Cualquiera sea el objeto de estudio y la perspectiva teórica, los investigadores que trabajan en el marco de un enfoque etnográfico intentan comprender aquello que Bronislaw Malinowski denominaba "la visión de los nativos" (1972) y aquello que en la concepción de Clifford Geertz se denomina el "conocimiento local" (1983, 2000). Para ello, es esencial establecer una colaboración estrecha con habitantes del lugar donde se desarrolle el trabajo de campo, mantener una actitud de apertura a sus maneras de comprender el mundo y respetar el valor de sus conocimientos. La interpretación o el análisis de los significados locales no constituyen un momento final, sino un proceso continuo e ineludible: "la integración de ese conocimiento local es posible solo mediante una perspectiva teórica que lo reconozca y lo valore como saber válido en el proceso de investigación" (Rockwell, 2009: 23).

A modo de ejemplo, la periodización histórica que abordamos en la tesis de doctorado (2007-2013) respondió a la información brindada por algunos actores sociales rurales a partir de una actitud de apertura y valoración de sus saberes y experiencias:

Es en este contexto que en esta tesis nos proponemos identificar y analizar algunos de los principales modos de subjetivación que dan forma a la experiencia contemporánea de lo rural en la región pampeana bonaerense. Dicho abordaje es realizado en torno a un espacio tiempo singular: la Provincia de Buenos Aires, en general, y el partido de San Andrés de Giles (ubicado al noroeste de dicha provincia), en particular, entre los años 2007 y 2013. La elección del recorte temporal responde a la información provista por los entrevistados quienes han señalado que es, precisamente, en torno al año 2007 que comienzan a percibirse grandes transformaciones en la experiencia de lo rural en el contexto ya señalado y que, como veremos más adelante, coincide con ciertos hechos económicos internacionales de relevancia (Hendel, 2015: 21).

⁸ Claro está, pero vale la pena aclararlo, que la etnografía, al igual que la mayoría de los enfoques en el ámbito de las ciencias sociales, encuentra límites ineludibles. Al respecto, vale la pena leer la siguiente reflexión de Elsie Rockwell (2009:184): "Si se acepta que la etnografía no es un método, sino un enfoque, no se la puede tomar como una herramienta neutral o aséptica que se utiliza en cualquier contexto. Como enfoque está impregnada de concepciones implícitas acerca de cómo se construyen representaciones de la vida social y cómo se les da sentido a partir del diálogo con quienes habitan una localidad. Permite comprender algunos procesos sociales y prácticas culturales, especialmente a escala cotidiana, pero también encuentra límites ineludibles".

La integración del conocimiento local de los sujetos al proceso de producción de conocimiento implica una reflexión constante acerca de las implicancias y los modos que adopta el rol de quien investiga, así como de las categorías que construye y su relación con los procesos sociales a analizar.

Emerge aquí la pregunta acerca de los modos en los cuales la teoría y la metodología –y sus técnicas– se imbrican. Y podríamos afirmar que es en el enlace entre los trabajos teóricos y empíricos donde se da el largo proceso de precisión y elaboración de un concepto teórico, y con ello se da la posibilidad de, en palabras de Geertz (1973), "pensar con el concepto y no sólo acerca de él"; es decir, se da la posibilidad de empezar a utilizar el concepto para conocer realidades históricas. La experiencia etnográfica resulta ser más significativa si la acompaña un trabajo reflexivo que permita transformar y precisar la concepción desde la cual se mira y se describe la realidad (Rockwell, 2009).

Por último, quisiéramos detenernos o volver sobre dos aspectos específicos del enfoque etnográfico: por un lado, "la centralidad del etnógrafo como sujeto social, y su experiencia directa en una localidad" y, por otro, el hecho de que en el marco de este enfoque el investigador "construye conocimiento" (Rockwell, 2009). En cuanto a este último aspecto, cabe señalar que, si bien el investigador describe realidades particulares, a su vez propone relaciones relevantes para las inquietudes teóricas y prácticas más generales. En cuanto a la centralidad del investigador en el marco de este enfoque, nos parece especialmente relevante destacar que en la etnografía no debe haber división entre la tarea de recolección de datos –a través de la observación y de otras técnicas– y el trabajo de análisis, ambas constituyen partes indisolubles del proceso investigativo asumidas por la misma persona. A modo de conclusión, podríamos señalar que "el camino es siempre inconcluso, la comprensión de las realidades tanto propias como ajenas casi siempre será provisional e incompleta; por eso, es necesario escribir" (Rockwell, 2009: 191)⁸.

5. NARRACIÓN, REFLEXIÓN Y OBSERVACIÓN

Otro enfoque que puede ser interpretado como un intento de reconciliar la observación y la reflexión, y que hemos utilizado en el marco de nuestra investigación doctoral, es la perspectiva biográfica. Si bien la misma se basa en un uso exhaustivo y am-

⁹ Para un análisis de estas figuras en mayor profundidad, véase Denzin y Lincoln (2011: 49-51).

plio de las narraciones obtenidas en el marco de entrevistas formales e informales, la experiencia nos conduce a preguntarnos si es posible escindir la práctica de entrevista de la práctica de observación. Este interrogante nos remite a la figura del "bricoleur" o "quilt maker", sugerida por Denzin y Lincoln (2011), para repensar la tarea del investigador cualitativo como una persona capaz de desplegar estrategias de toda clase a lo largo del proceso investigativo⁹.

El enfoque biográfico propuesto por el sociólogo francés Daniel Bertaux, que retomamos en nuestra investigación doctoral, se vale de dos tramos de la historia de la sociología empírica relativamente olvidados: por un lado, las investigaciones basadas en relatos de vida (life histories) y en historias de vida (life histories), llevadas a cabo en el periodo de entreguerras por sociólogos de Chicago (Bertaux, 1976) y, por otra parte, las investigaciones realizadas en la misma época en Polonia a partir de memorias (pamietniki) recogidas en convocatorias públicas entre los campesinos, obreros y desocupados (Markiewicz-Lagneau, 1976, 1981). Lejos de tratarse de trabajos marginales, estas investigaciones constituían en ese momento una de las principales corrientes de la sociología empírica tanto en Estados Unidos como en Polonia. Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial esta forma de observación de los procesos sociales desapareció del ámbito académico metodológico internacional (Bertaux, 1999).

Como señala Bertaux, entre las diversas formas de investigación sociológica que se desarrollan en el mundo, la que aquí nos interesa destacar es aquella constituida por el recurso a los "relatos de vida". Precisemos en primer lugar el vocabulario. La lengua inglesa dispone de dos palabras, story y history, para traducir la palabra francesa histoire. Después de un largo periodo de fluctuación terminológica, el sociólogo norteamericano Norman K. Denzin (1970) propuso una distinción, retomada por Bertaux, entre life history y life story. Con este último término se designa la historia de una vida tal como la cuenta la persona que la ha vivido. Y dado que numerosos investigadores siguen empleando el término de "historia de vida" con este sentido, Bertaux considera preferible utilizar el de "relato de vida" (récit de vie), que resulta más preciso. En cuanto al término life history, Bertaux propone reservarlo para los estudios de caso que se refieren a una persona determinada, y comprenden no solo su propio relato de vida, sino también todo tipo de documentos relativos a la misma: por

ejemplo, informes médicos, informes judiciales, los testimonios de los próximos, etc.

Luego de este recorrido por los devenires del término "relato de vida", cabe plantearnos la siguiente pregunta: ¿por qué hablar de "enfoque o perspectiva biográfica" y no de "método de los relatos de vida"? Porque la expresión "perspectiva biográfica" constituye "una apuesta de futuro" (Bertaux, 1980). Expresa, efectivamente, una hipótesis: el investigador que comienza a recoger "relatos de vida", creyendo tal vez que utiliza una nueva técnica de observación dentro de unos marcos conceptuales y epistemológicos inmutables, se verá paulatinamente llevado a cuestionar, uno tras otro, dichos marcos. Aquello que entra en juego no es la mera adopción de una nueva técnica, sino la construcción progresiva de una nueva práctica investigativa; una nueva perspectiva que, entre otras características, permitiría reconciliar, de una vez por todas, la observación y la reflexión (Bertaux, 1977).

Como podemos observar, tanto el enfoque etnográfico como la perspectiva biográfica constituyen intentos por reconciliar, de modos novedosos, el trabajo de campo con la actividad reflexiva y de escritura propias de la investigación social. Ambos enfoques, también, apuntan a promover un ejercicio de reflexión crítica acerca de los marcos conceptuales y epistemológicos que nos guían. Ejercicio que, a nuestro entender, debería atravesar todo el desarrollo de la investigación para así dar lugar a una producción de conocimiento crítico y colectivo que sirva para pensar y repensar la realidad en la que vivimos.

5. LOS MODOS DE LA MIRADA

La cultura occidental ha privilegiado el sentido de la vista entre sus herramientas perceptivas (Tuan, 2001), y este privilegio se ha extendido al dominio de la ciencia. No cabe duda de que la observación es una práctica transversal a todos los campos del saber (experimental y sociocultural). Si bien la misma tiene sus orígenes en el mundo de la vida cotidiana, fueron las ciencias experimentales las primeras en trasladarlas a su ámbito y, posteriormente, las ciencias socioculturales (Ávila, 2008).

El traspaso de un campo a otro, sin embargo, guarda características singulares y de vital importancia. Como hemos analizado, la incorporación de la observación por parte de las ciencias experimentales supuso, en el siglo XVII, la construcción de un

dispositivo capaz de concebir a la observación como una base confiable para la formulación de leyes generales, suponiendo el acceso directo a algunas propiedades del mundo. Las ciencias socioculturales incorporaron esta "mirada objetivante", al mismo tiempo que generaron perspectivas o "miradas críticas".

Observación y objetividad emergen aquí como una diada compleja. En la concepción tradicional, la objetividad aparecía cuando se eliminaba al sujeto. Sin embargo, desde otras perspectivas críticas la objetividad aparece como un logro: ella es también producto de la actividad del sujeto (Ferreiro, 1999).

Si la concepción tradicional del trabajo de campo en las ciencias sociales ha seguido los parámetros del naturalismo: captación inmediata de "lo real", recolección de datos y posterior análisis en el gabinete, el replanteo crítico de esta perspectiva no debería olvidar la inclusión de los sujetos en el proceso de construcción del conocimiento y la especificidad de la investigación en las ciencias sociales. La suma de estos aspectos supone la construcción de otras formas de mirar u otros modos de la mirada que busquen, al mismo tiempo, otras maneras de producir y validar el conocimiento, ya no solamente a partir de la correspondencia entre los datos y los hechos, sino fundamentalmente a partir de la confrontación entre distintas versiones o saberes construidos desde diversas perspectivas. Resulta pertinente, llegado este punto, retomar aquella propuesta que postula la necesidad de pasar de una epistemología que enfatiza la construcción del objeto a una epistemología que valora la construcción de la mirada. La conjugación de la observación y la reflexión pasa a desempeñar, en este contexto, un papel fundamental. La posibilidad de establecer una relación reflexiva de conocimiento paralela hacia el rol de uno como investigador y de aquello que se pretende investigar debe desplegarse partiendo de la premisa de que el conocimiento de lo real no puede ser concebido en forma independiente del conocimiento de sí mismo y de su impacto sobre aquello que se pretende conocer. Para ello, es necesario desarrollar una mirada analítica que contemple la diversidad de lo real y trate de aprehenderla a través de un análisis centrado en las perspectivas de los actores. Como diría Elsie Rockwell (2009: 54): "entrenarse para ver más".

El despliegue de las prácticas de observación en el marco de la investigación cualitativa, entonces, puede pensarse junto con el empleo crítico de múltiples métodos (la entrevista, entre ellos),

en un intento por lograr una comprensión profunda de los procesos sociales. El papel central brindado a la perspectiva de los sujetos también responde a esta búsqueda que intenta desandar los vestigios del colonialismo y la concepción occidental de la objetividad del investigador. La combinación de múltiples prácticas metodológicas, materiales, perspectivas y observadores, así como la pregunta constante acerca del sentido de aquello que se investiga y la utilidad de la investigación para los sujetos implicados, emerge, entonces, como un camino posible para dar lugar a prácticas de investigación comprometidas y significativas.

BIBLIOGRAFÍA

ÁVILA, R. (2008). La observación, una palabra para desbaratar y re-significar. Hacia una epistemología de la observación. Revista Científica Guillermo de Ockham (6)1, enero-junio, Universidad de San Buenaventura, Sede Cali, Colombia, 15-26.

BALBI, F.A. Y BOIVIN, M. (2007). La perspectiva etnográfica en los estudios sobre política, Estado y gobierno. Cuadernos de Antropología Social, Buenos Aires, 7-1.

BERTAUX, D. (1980). L'approche biographique. Sa Validité methodologique, ses potentialités. Cahiers Interantionaux de Sociologie, Vol. LXIX, Presses Universitaires de France, Paris.

BERTAUX, D. (2005). Los relatos de vida: perspectiva etnosociológica. Barcelona: Bellaterra.

_____ **(1999).** El enfoque biográfico. Su validez metodológica, sus potencialidades. Propositiones 29, Costa Rica, Universidad de Costa Rica.

BOYLE, R. (1660). New Experiments Physico-Mechanicall. Touching the Spring of the Air and its Effects. Oxford: Robinson.
Castillo, R. (2009). A imagen do satélite: do técnico ao político na construção do conhecimento geográfico. Pro-Posições, Campinas, v. 20, n. 3, 61-70.

COMTE, A. (1981). Curso de filosofía positiva: primera y segunda lecciones. Buenos Aires: Aguilar.

DENZIN, N. Y LINCOLN, I. (2011). El campo de la investigación cualitativa. Manual de investigación cualitativa (Vol. 1). Barcelona: Gedisa.

FERREIRO, E. (1999). Vigencia de Jean Piaget. México: Siglo veintiuno.

FOX-KELLER, E. (1996). 7. The biological gaze. En Robertson, G. et al. (Ed.) Future Natural: nature, science, culture. Londres: Routledge.

GEERTZ, C. (1973). Thick Description: Toward an Interpretative Theory of Culture. En The Interpretation of Culture. Nueva York: Basic Books.

GUBER, R. (2008). El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Buenos Aires: Paidós.

HENDEL, V. (2015). Síntomas de una ausencia. Acerca de la experiencia contemporánea de lo rural en la región pampeana bonaerense. El caso de San Andrés de Giles (2007-2013). Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.

LATOUR, B. ([1991]2007). Nunca hemos sido modernos. Ensayo de antropología simétrica. Buenos Aires: Siglo XXI.

Markiewicz-Lagneau, J. (1976). "L'autobiographie en Pologne ou de l'usage social d'une technique sociologique". Revue Française de Sociologie, XVII-4.

_____ (1981). La naissance d'une pensée sociologique Le cas de la sociologie polonaise entre les deux guerres. Paris: Editions de la Maison des Sciences de l'Homme/Cambridge University Press

MEJÍA, C. (2008). Epistemología de la investigación social en América Latina. Desarrollos en el siglo XXI. Cinta de Moebio 31, marzo, Universidad de Chile, 1-13.

ROCKWELL, E. (1985). Cómo observar la reproducción. Ponencia presentada en el Congreso La Práctica Sociológica, Unam, México DF.

_____ (2009). La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos. Buenos Aires: Paidós.

SCRIBANO, A. (2008). El proceso de investigación social cualitativo. Buenos Aires: Prometeo.

SHAPIN, S. ([1996]2000). La revolución científica. Una interpretación alternativa. Barcelona: Paidós.

SHAPIN, S. Y SCHAFFER, S. ([1985]2005). El Leviathan y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Taylor, S.J. y Bogdan, R. (1990). Introducción a los Métodos Cualitativos de Investigación. Buenos Aires: Paidós.

TUAN, YI-FU (2001). Visibility: the Creation of Place. Space and Place. The Perspective of Experience. Minneapolis, MS: University of Minnesota Press.

ZEMELMAN, H. (2009). Reflexiones en torno a la relación entre epistemología y método. México: Cerezo editores/Ipeca.